

Sagrada Familia

SANTO DEL DÍA

29_12_2019



“La Navidad ya nos ha mostrado la Sagrada Familia reunida en la cueva de Belén, pero hoy se nos invita a contemplarla en la casa de Nazaret, donde María y José se empeñan en criar al niño Jesús día tras día. Podemos imaginar esta estampa fácilmente (los artistas lo han hecho a menudo) en mil situaciones y actitudes, poniendo en primer plano ya sea a la Virgen Santa junto al Niño, o al buen san José en el taller de carpintería donde el niño también aprende el trabajo humano, jugando”. Las palabras del padre Antonio Maria Sicari nos ayudan a presentar el gran misterio que se celebra hoy, la

Sagrada Familia, que es la estrella polar para obtener esa salvación y dicha eterna que Jesús nos ofreció encarnándose en la plenitud de los tiempos, eligiendo una familia para hacer su entrada en la historia humana.

Pero, ¿de qué manera se ofrece la Sagrada Familia como modelo de vida para toda familia ordinaria de hoy? Citamos de nuevo al padre Sicari: “Podemos intuir también el inmenso acontecimiento que se cumple en Nazaret: ¡Poder amar a Dios y al prójimo con un gesto indivisible! Para María y José, de hecho, el Niño es tanto su Dios como su prójimo más querido. Por eso, en Nazaret los actos más sagrados (orar, dialogar con Dios, escuchar su Palabra, entrar en comunión con Él) coincidían con las expresiones coloquiales habituales que toda madre y padre dirigen a su hijo. Fue en Nazaret donde los actos de culto debidos a Dios (los mismos que se celebraban mientras tanto en el gran templo de Jerusalén) coincidieron con el cuidado normal con el que María vistió al Niño Jesús, lo lavó, lo alimentó, le dio gusto a sus juegos. Entonces comenzó la historia de todas las familias cristianas, para las cuales todo (los afectos, los acontecimientos, la cuestión de vivir) puede ser vivido como un sacramento: un verdadero signo y anticipación de un amor infinito”.

En la Sagrada Familia, por tanto, se cumplen en el grado más alto los dos mandamientos del amor de los cuales “dependen toda la Ley y los Profetas” (Mt 22, 40). Jesús (el Hijo de Dios y Creador increado), María (la primera creyente en Él) y José (el primer devoto de María) nos indican que la familia es la imagen de la Santísima Trinidad, y por lo tanto está llamada - para reflejar esta imagen - a poner a Dios en el centro. María y José, los más altos ejemplos para cada madre y padre en esta tierra, fueron los primeros en adorar al Verbo Encarnado -ese divino Niño, a su vez un ejemplo para cada hijo, que creció *en sabiduría, estatura y gracia* (Lc 2:52) en obediencia a sus padres-, y adorándolo santificaron cada uno de sus días, aumentando poderosamente su capacidad de amar. Como dijo el venerable Fulton Sheen en una espléndida catequesis dirigida a los esposos: “Que el ejemplo de María y José os sirva para comprender que el mayor error de un matrimonio es creer que sólo se necesitan dos personas en el matrimonio: él y ella. ¡No! Se necesitan tres: él, ella y Dios”.

Dado que la familia, fundada desde la eternidad en la unión indisoluble entre un hombre y una mujer, es el lugar primario de transmisión de la fe, una verdadera pequeña iglesia doméstica, se comprende por qué el diablo quiere destruirla y cómo está intensificando los ataques (véase la cultura que ha producido las leyes sobre el divorcio, el aborto, la reproducción artificial, las uniones homosexuales, la eutanasia, etc.) para tener éxito, lo que el difunto cardenal Carlo Caffarra definió como “anti-creación”. Como predijo sor Lucía de Fátima alrededor de 1983-84 en una carta al

propio Caffarra: "Padre, llegará un momento en que la batalla decisiva entre el reino de Cristo y Satanás será sobre el matrimonio y la familia. Y los que trabajan por el bien de la familia experimentarán persecución y tribulación. Pero no hay que tener miedo, porque la Virgen ya le ha aplastado la cabeza".